



AÑO III

← BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1884 →

NÚM. 110

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MÁQUINA DE HACER HOMBRES, por don J. Ortega Munilla.—LAZARO, por don Luis Mariano de Lara.—LA LEYENDA DE BEGOÑA, por don Antonio de Trueba.—SÉPTIMA CONFERENCIA DE LA ASOCIACION GEODÉSICA INTERNACIONAL EN ROMA (III Y ÚLTIMO), por don E. Benot.

GRABADOS.—PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer.—EL REGIMIENTO DE GRANADEROS WURTEMBERGUESES EN EL PARQUE DE COEUILLY (Guerra franco-prusiana, 30 de noviembre de 1870).—LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Laslett J. Pott.—EL ARTE MODERNO Y EL DEL RENACIMIENTO, estatuas por Rodolfo Weyr.—UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer de Bremen.

**NUESTROS GRABADOS
PAISAJE DE INVIERNO,
cuadro por A. Schweitzer**

El grabado de este título es copia de un cuadro de Adolfo Schweitzer, pintor joven todavía, pero uno de los primeros paisajistas de Dusseldorf, de esa ciudad venero



PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer

de artistas. Aun cuando el buril no puede reproducir el colorido del lienzo original, da sí a conocer la mayor ó menor fidelidad con que el pincel imita las bellezas de la naturaleza, produciendo en la imaginación del que contempla el grabado gran parte del efecto que se propuso el artista. Acerca de este punto basta examinar la lámina para convencerse de que el pintor no sólo ha copiado, sino que ha fotografiado con el pincel, si se nos permite expresarnos así, el paisaje que se propuso trasladar al lienzo; su obra no adolece de esa superabundancia de detalles á que recurren muchas medianías; y el feliz contraste de los tonos así como la elección del punto de vista, revelan sobradamente sus conocimientos y experiencia en la pintura de paisaje.

EL REGIMIENTO DE GRANADEROS wurtembergueses en el parque de Coeuilly

A los diez y nueve siglos de civilización cristiana, aún se llama gloria al laurel ó a la palma que se conquista en el campo de batalla.

Si esto es así (y desgraciadamente lo es), ¿de qué distinta manera pensaban los bárbaros de Atila, ni qué otra cosa piensan los fanáticos del Mahdí, á quienes no les ha alcanzado pizca de Evangelio?

Ello es que hay guerras, y que los episodios de esas guerras sirven de asunto á grandes lienzos; porque de esta suerte, es un decir, se perpetúan las grandes tradiciones, y los hijos se inspiran en las hazañas de los padres. ¡Bonito anda el mundo con semejantes teorías!... Nosotros nos permitimos creer que San Vicente de Paul vale diez Napoleones, aún ahora que cada napoleon vale más de cinco pesetas.

Vamos á nuestro cuadro.

Los prusianos, ó mejor dicho, la Alemania aliada, sitiaba á París. Los franceses organizaron una resistencia poderosa; pero, como ya tenia dicho Vauban, plaza sitiada es plaza tomada. La capital de Francia estaba condenada desde la inexplicable rendición de Metz. Para conjurar su fatal destino, los parisienses intentaron vanamente romper el círculo de hierro que les aprisionaba. Una de estas salidas, la que representa nuestro grabado, fué capitaneada por el general Ducrot, gobernador de París, atacando principalmente el parque de Coeuilly, que era en realidad el punto más débil del sitio. El ataque, á pesar de todo, fué rechazado, quedando el campo por los granaderos de la «Reina Olga,» que sentaron su fama de bravos á expensas de su sangre.

LA PASION DEL COMBATE; cuadro por Laslett J. Pott

Hay gustos que merecen palos y entre ellos no debiera eximirse de tan contundente correctivo el gusto de hacer reñir á los animales para recreo de unos cuantos desocupados que se gozan en tan cruel espectáculo. Y sin embargo, ese combate singular, en el cual pierde casi siempre la vida uno de los contendientes, cuando no uno y otro, tiene para muchos, y para los ingleses particularmente, un atractivo indecible.

Mas, como no es cuestion de filosofías lo que debemos tratar en esta seccion de nuestro periódico, nos limitaremos á decir que esa horrible riña ha inspirado el asunto del cuadro que nuestro grabado representa y que, á juicio de los inteligentes, es una obra maestra de ejecución. Las figuras de los personajes que presencian el combate, sus actitudes naturalísimas y variadas, la expresion de sus semblantes, la misma variedad de la risa que ponen en sus labios las peripecias de la lucha, el interés con que el viejo gotoso anima á uno de los reñidores, todo, conjunto y detalles, revela que el autor es maestro en el género.

EL ARTE MODERNO Y DEL RENACIMIENTO, estatuas por Rodolfo Weyr

Rodolfo Weyr es indudablemente el más fecundo de los escultores vieneses, y uno de los más eminentes por su conocimiento del arte que profesa, así como por su número creador. Su imaginación brillante, su aptitud artística y su inventiva inagotable hacen que produzca mucho y con gran facilidad. Las dos figuras que reproducimos adornan los dos lados del arco de una de las grandes ventanas del museo imperial de Viena, y representan, con feliz ejecución, el arte moderno y el del Renacimiento.

El primero está simbolizado con las obras de Winkelmann, la fuente del Trueno y el Hermes del templo de Diana en Efeso, combinando así con mucho acierto la imitación de las obras antiguas con la tendencia naturalista moderna.

La segunda figura es una personificación del arte clásico, de ese arte á que dió nueva vida el espíritu libre de la época del Renacimiento.

UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer

Un artista *tourista* ha improvisado un taller en el patio de una granja, y mientras se da un punto de reposo con la dueña, los hijos de ésta *tocan* á su manera la obra del pintor. Cuando éste se aperceba del impensado correctivo que le ha deparado su imprevisión, mandará noramala á toda la chiquillería rústica y jurará no tomar siquiera un apunte en país del cual no le conste que todas sus mujeres son infecundas. La gente menuda, en tanto, creará de buena fe que el huésped se ha vuelto loco, pues lleva á mal un toque aplicado tan concienzudamente, una pincelada neta, vigorosa, valiente, en que ha entrado más verde que en todo el bosque que tenia abocetado el artista; pincelada que los muy bribonzuelos califican de árbol con

toda seriedad y que afirman ser capaz de engañar á los mismos pájaros.

El autor de esa sencilla composición ha estado en ella completamente feliz. Con dificultad puede darse un grupo de niños mejor combinado, unas actitudes más naturales y unos semblantes más infantilmente picarescos.

LA MAQUINA DE HACER HOMBRES

(Cuento)

I

La villa de Nido-negro, tantas veces citada por mí en estas breves historietas, se habia enriquecido por los años de 1808 y 1812, con el comercio del cáñamo y la patata.—«Aquí tenemos, decía el gran humanista D. Severo, gloria de la comarca, todo lo que es necesario al gobierno de los pueblos felices y bien regidos: patatas y cordeles.» El escudo de la villa era un trozo de maroma y un campo cubierto de la vegetación verde y blanca del venturoso y útil tubérculo, honra debida á que un día pasó por aquellos campos un rey de Leon y dijo mil galanterías y elogios de tan fértil terreno.

Mucho, mucho habia progresado Nido-negro. Los cáñamos iban á Bilbao y Barcelona para servir de jarcia á los navíos; á Zaragoza y Sevilla para hacer mantas bastas y estezados groseros; y donde quiera que hacia falta una vara de cordelillo para atar á un hombre, unirse una bestia, liar un mazo de plumas, hacer un embalaje ó una escalera, allí estaba la fama de Nido-negro, puesta tan alta como sus casas en el plano inclinado de Sierra-Arisca, de donde descendía la falda llena de verdes cañamares, tan frescos y lozanos porque mil trenzas de agua los cruzaban y mojaban sus raíces.

II

Y como tanto habia enriquecido el concejo, llegó un día en que se pensó en hermosear el aspecto del lugar. Hicieronse dos paseos, uno alto para el invierno, con sus dos filas de árboles; otro bajo para el verano, con su sombra de bien pobladas acacias. Despues de reconstruir una nave del templo, que rezumaba las aguas de todas las lluvias y colaba los aires de todas las tempestades, un día la campana concejil alborotó el cotarro, llamó al pueblo, congregó en torno de la plaza, y lleno de emociones vió entrar en la Casa de la Villa á los consejales, uno tras uno, desde D. Lesmes el médico, hasta el tío Sucra-Cande, confitero; amén del veterinario, cojo de un par de coces que le disparó una mula, y del contratista de consumos, que iba abrumado por una joroba gótica ú ojival, tan pesada y grande que no existe cosa á que compararse pueda.

—¿Qué sucede?—preguntaba la gente.

—Parece que se trata de comprar una máquina que haga hombres.

—¿Es posible tal dislate?—replicó el más ilustrado.

—Sin duda. Un sabio mecánico ha venido á ofrecer sus servicios al municipio. «La guerra—ha dicho—pide hombres, y como las mujeres necesitan veinte años para entregar á la sociedad uno que pueda resistir las fatigas de la guerra, yo—añadió con gran aplomo—os daré una máquina con que podáis enviar á la guerra hombres sin término. Ya podrá matar el hierro de los cañones, que el hierro de mi máquina se dará buen arte para reemplazarlo.

III

No es fácil narrar los obstáculos que encontró la idea en su camino. Cuando la Inquisición iba á intervenir, cerrando en alguno de sus negros calabozos al artífice creador de hombres, sobrevino el terremoto revolucionario de la Independencia, que no sólo echó por tierra aquel tribunal, sino cuantos institutos de autoridad habia en la nación. Quedó Nido-negro entregado á sus pocas fuerzas y á sus muchas esperanzas. Entonces el Concejo determinó ir á buscar al bueno del maquinista que les habia prometido crear un regimiento de hombres tan similares de los nacidos de femenino útero que no lo conociera el más pintado.

Llamóse al tal que vivia en el vecino villorrio de Astaciervo, caserío antiquísimo perdido en el seno de un negro bosque de enebros y sabinas.

Calisto era el nombre con que se conocia al artista y ningun otro apodo ni apellido le particularizaba.

Éra Calisto un hombre agigantado y enjuto, de pequeña y descarnada cabeza, con grandes y prominentes maxilares, la nariz recta y cuadrada, ojos muy pequeños y vivaces y un círculo surcado en la cuenca del ojo derecho, producido por el ludir con el antejo de aumento, engastado en cuerno amarillo, que tenia allí cerca de su banco de herramientas como útil y más que como útil como compañero. Calisto habia entrado en la cincuentena y su pelo propendia al tono gris de plomo, más acentuado sobre las sienas, donde casi, casi blanqueaba. Inclusero y célibe, de ignorada procedencia y de juventud desconocida, llevaba 20 años en Cantimpalos ejerciendo el oficio de maquinista, oficio entonces poco extendido, especialmente por las comarcas rurales y agrícolas, más atrasadas siempre que las que viven de la industria fabril.

IV

Pasó un mes y al cabo de él salió del laboratorio de sus habilidades Calisto, conduciendo á hombros un largo cajón de la forma de un ataúd. Condújolo sobre sus propios lomos á la Casa Consistorial de Nido-negro. Allí lo

destapó y dejó al descubierto un hombre muerto. Tal parecía al ménos.

Entonces Calisto, tomando la palabra, dijo de esta manera:

«Hé aquí al hombre prometido. Esto que parece carne es goma y esto que simula por su dureza el hueso no es sino piezas de hierro templadas como el más fino acero. ¿Le veis muerto? Pues aplicad el oído á su pecho. ¿Oíreis el rumor de los pulmones que parecen respirar y del corazón que parece moverse acompasado. Los pulmones son fuelles de encerado cuero. El corazón es un péndulo: los ojos cristal, marfil sus huesos, seda sus cabellos y barbas. Todo es obra de la industria... Voy á ponerle en pié. ¿Le veis? Anda, saluda, se sienta. ¿Os parece milagro? Pues yo le doy cuerda para que ande, con dos llaves. Hé aquí una: se llama «amor.» Su ojo es de oro, su guarda de diamante y platino. Mirad la otra llave; se llama «hambre.» Toda ella es de duro hierro. Cuando se la da cuerda, mi hombre de metal, sábia combinación de ruedas y resortes, obedeciendo á aquellos dos poderosísimos muelles, se mueve, corre, anda, acomete grandes empresas. Su celeridad, su vigor no tienen á qué ser comparados... Pero cuando su cuerda se acaba, cuando la tensión de esos dos poderosísimos muelles cesa, esta máquina cae al suelo sin fuerza alguna. Todo lo que en ella era vida se convierte en hierba.»

V

«¡Ah! naceis ignorantes!—añadió despues de una pausa Calisto, dando una gran carcajada y mientras burlona sonrisa jugaba en sus labios—¿Os asustais de mi máquina? Pues ¿caso sois vosotros cosa distinta? Conjunto sois de fuerza y gravedad: dos grandes llaves os hacen vivir y moveros y esas dos llaves no son sino el amor y el hambre. Uno y otro os empujan, os hacen moveros como locos en el fatal torbellino de la vida, y cuando ya dejais de sentirla, ¿qué sois sino holgazanes recuerdo del árbol que moribundo se sorbe su ración de oxígeno en el bosque? Vivís mientras el hambre espolea vuestro estómago y el amor pone alas en vuestros pensamientos. Cuando esto se acabe... os acabais vosotros.»

J. ORTEGA MUNILLA

LAZARO

Cuento que debía ser verdad, si la verdad pudiera ser cuento

I

Lázaro acababa de cumplir 24 años. Pero ¿quién es Lázaro, y qué habia hecho en aquellos 24 primeros años de su vida para que nos ocupemos en su ignoradísima persona? ¿Era algun sér excepcional, algun hombre superior, alguno de esos mortales privilegiados elegidos por la suerte para ser la admiración de sus semejantes y el asombro de propios y extraños? ¿Era uno de esos genios que de tarde en tarde aparecen en el mundo para conmover y trastornar sus cimientos, para marcar á la humanidad nuevos derroteros ó para iluminar con su llama divina la triste noche de la ignorancia humana? No hay que hacerse ilusiones: nuestro héroe no era nada de eso. Lázaro era sencillamente un jóven de veinticuatro años que se llamaba Lázaro.

Su niñez habia trascurrido como casi la de todos los hijos de padres acomodados. Jugar mucho, estudiar poco, dar algunos cachetes á sus compañeros, recibir no pocos, de sus amigos; pellizcar á la niña de la portera; esconderse al oír la voz de su padre y buscar en todas las desgracias infantiles amparo y protección en el seno materno; esas habian sido sus naturales ocupaciones en la edad feliz que tanto recuerdan los viejos, y de la que los jóvenes no quisieran acordarse nunca.

Pasó el Ripalda por la memoria de nuestro héroe como pasan los rayos vivificadores del sol por el cristal, sin dejar huella ni rastro alguno; pasó el Fleury y la gramática y las corridas de toros con banasta y trajes de percalina, y las funciones del circo de Price los domingos por la tarde, y las viruelas, y el sarampion, y la escarlatina, y la primera comunión y un accesit en ortografía; y apareció en la memoria como un iris de dicha y de ventura, como la más feliz realización de todas las esperanzas humanas, el primer pantalon largo. Allí donde empezó á hacer de las suyas el sastre, acabó el niño. Tras el pantalon largo, vino la segunda enseñanza; empezó la amistad á germinar en aquel corazón nuevo: los cachetes infantiles se convirtieron en puñetazos: los pellizcos á la niña de la portera en algun que otro beso robado á alguna modistilla transeunte. Reemplazó al sublime aunque incomprensible Ripalda, el oscuro y enmarañado Rey y Heredia, y en el bolsillo derecho de una americana de talle ajustado y botones de nácar, desparramó su mortífero veneno la primera cajetilla del estanco. Ya ven mis lectores, por todas estas señas, que Lázaro era un personaje tan insignificante, como Miguel, ó Ramon, ó Antonio; poco más ó menos como nosotros hemos sido, poco ménos ó más, como serán nuestros biznietos.

Lo único que diferenciaba algo á Lázaro de algunos de sus compañeros y que por lo mismo le identificaba más con la generalidad, era su holgazanería.

Todos los recursos de su imaginación, se empleaban con perseverancia inaudita, digna de mejor empleo, en inventar recursos, pretextos y hasta razones para no estudiar y para no asistir á clase. El catarro de la semana anterior; la proximidad de los días del abuelito; las fiestas del pueblo de su doncella; la noche-buena; la apertura de las

Córtés; todos eran motivos más que suficientes para no coger un libro; y de año en año, de curso suspenso en curso perdido y de propósitos para el año próximo, ya que el actual había sido tan desaprovechado, fué apuntando el bozo en el labio superior de nuestro protagonista, ante la mirada cada día más severa de su padre y las comprimidas lágrimas en los ojos de la que le había dado el sér, llena de esperanzas y de ilusiones pensando hacer de su hijo encantador, un hombre de provecho. Y cátese á Lázaro, pisando despiadadamente todas las calles del jardín de la ciencia, sin bajarse á coger la flor más pequeña; queriendo dedicarse á todas las carreras; empezando alguna que otra sin seguir ninguna; y comenzando á desarrollar todos los primordios, inútiles y perjudiciales adornos que constituyen la desocupada, elegante y viciosa vida del parásito y del vago. ¡Adios, esperanzas paternas! ¡Adios enseñanza provechosa! ¡Adios, porvenir claro y sereno! Para salir con brillantez del atoladero social en que la ignorancia, la falta de propia estimación y el vergonzoso vicio de la pereza sumieron á Lázaro, se necesitaban un ingenio agudísimo, una imaginación brillante y un barniz superficial de conocimientos humanos, adquirido á la ventura y entresacado de periódicos y conversaciones, de que Lázaro carecía. Así pues, vulgar en sus pensamientos, trivial en sus ideas, é ignorante en sus palabras, no era ni más ni menos que un joven insignificante, inútil y predispuesto á todo lo malo. Como se ve por todos estos antecedentes, nuestro personaje no tenía nada de simpático y era un ejemplar adocenado de esa edición de pacotilla que constituye en el mundo la masa general de los tontos y de los perversos. Y hé aquí precisamente la razón de por qué nos ocupamos en semejante individuo. No necesitamos para nuestra historia un tipo excepcional; trátase en ella de resolver un problema que á nosotros nos parece vulgarísimo, y vulgares por lo tanto han de ser los medios que empleemos para resolverlo. Si Lázaro carecía de las cualidades morales que hacen digno y superior á un hombre, no había sido tan avaro para él el cielo, con sus cualidades físicas. Sin ser un asombro de belleza plástica y de perfecciones anatómicas, era lo que se llama en el mundo un buen mozo. De correctas facciones, de expresivo semblante, de agradables maneras, tenía todo lo que á las mujeres vulgares les agrada de un hombre; y de aquí, como es natural, que Lázaro contara por meses sus conquistas amorosas, y por semanas sus triunfos amatorios.

Es tan fácil aprobar todas las asignaturas en la carrera del amor, que justo es confesar que en este estudio (purementemente material se entiende) Lázaro alcanzó con facilidad suma, notas constantes de sobresaliente. Intrigas sin consecuencia, aventurillas galantes con algún que otro desafío por contera, cierto amorcillo un poco más serio de cuando en cuando y toda clase de relaciones rápidas y agradables con el sexo femenino, hicieron de Lázaro un D. Juan Tenorio á la moderna; llenaron aquella cabeza de máximas á cuál más falsas y exageradas acerca de la más bella mitad del género humano. Dice un ilustre escritor moderno, que en el mundo parece que los malos son muchísimos más que los buenos porque meten mucho ruido, y del mismo modo parece que en el mundo no hay más que mujeres malas porque estas son las únicas que alborotan y pululan por todas partes. Los que como Lázaro sólo encuentran á su paso mujeres fáciles y despreocupadas, creen de buena fe que aquellas no son las mujeres, sino *la mujer*; y sacan en su estrecho criterio las naturales consecuencias de su equivocada premisa. Ello es que nuestro héroe encenagado, por decirlo así, en aquella existencia materialista y grosera; sin elevación de ideas y sin dignidad de miras; aturdido con el propio estruendo de su existencia inútil y licenciosa y muy pagado por supuesto de sí mismo, se encontró un día tristemente sorprendido con la enfermedad mortal de su pobre madre. Murió ésta no sin bendecir en su última hora á su hijo desventurado, y sin pedir para él de la bondad del cielo la enmienda de sus errores. Aún duraba en Lázaro el estupor que semejante desgracia le había causado, cuando la pérdida de su adorada compañera arrastró al sepulcro al padre de nuestro héroe y Lázaro se encontró á los veinticuatro años, que es cuando empieza nuestro relato, solo en el mundo, dueño absoluto de sí mismo y de la regular fortuna de sus padres, sin más trabas para su vida que las lecciones de la experiencia y los pequeños gritos que empezaba á lanzar su conciencia hasta entonces adormecida.

Tristísimos fueron para él los días que siguieron á la última catástrofe. Comprendió, aunque tarde, que tal vez sus vicios prematuros y su desarreglada conducta habían acelerado la muerte de los dos seres más queridos de su alma: repasó en su memoria atribulada todo el tiempo malgastado; se asustó de su juventud perdida; y solo, dentro de sí mismo, como lo estaba en la tierra, sintió por primera vez... allá en el fondo de su corazón extraviado, la primera punzada del remordimiento. «¡Tantos años perdidos! se decía ¿qué soy hoy? ¿Qué seré mañana? ¿Dónde encontrar de repente y reunidos en un solo punto, todos los elementos dispersos que han debido constituir mi educación y mi carrera? ¿A qué puedo dedicarme á esta edad, en que todos los hombres son ya lo que deben ser, dejando sólo al destino el cuidado del mayor ó menor éxito de la carrera emprendida? ¡Empezar á estudiar! es imposible; toda profesión necesita multitud de estudios previos que yo no he adquirido.

»Lo mismo en las ciencias que en las artes es preciso empezar pronto; y aun suponiendo que yo tuviera valor, sin miedo á las burlas del mundo para comenzar ahora á dedicarme seriamente á una profesión cualquiera, ¿á qué edad podría considerarla concluida? El mal está hecho, esto no

tiene remedio. ¡Oh! si se viviera dos veces! Si comprendiendo la razón como hoy la comprendo, volviera á los doce ó catorce años; si pudiera escuchar aún, las tiernas súplicas de aquella madre querida! Si pudiese borrar, no con mis besos, sino con mi enmienda, el justo ceño de mi enojado padre, ¡con qué seguridad, con qué firme planta entraria decidido y resuelto en la senda del trabajo, por bien de mi propia dignidad y con ventaja de mi incierto porvenir! ¿Por qué el hombre ha de poderlo todo, menos volver á disponer de los años que ya han pasado? ¿qué será de mí, mañana? ¡qué desventurado soy! oh! si el hombre naciera dos veces!»

Todas estas y otras reflexiones que, por no hacernos pesados, suprimimos, ocuparon sin cesar á Lázaro durante los nueve días que permaneció encerrado en su casa por la muerte de su padre. Pasaron estos; fuese poco á poco borrando de su alma aquel sincero aunque tardío arrepentimiento; y afrontando su situación con más calma, se dió á pensar que no era el único hombre que estaba sin carrera en el mundo; que muchos lo mismo que él habían perdido á sus padres; que él al menos poseía una fortuna suficiente para atender á todas sus necesidades; que tenía muchos amigos y no pocas amigas; que no ha de pasar el hombre los mejores años de su existencia en lamentaciones inútiles, y que puesto que él no podía enmendar lo que ya no tenía remedio, lo más acertado era entregarse en manos del destino y proseguir á la ventura su peregrinación por este valle de lágrimas.

II

Lázaro tuvo miedo de que su capital, que no bajaría de cuarenta mil duros, llegara á ser juguete de alguno de tantos proyectistas que andan siempre á caza de capitales ajenos. Ignorando el poder de la industria no quiso fiar á ella el aumento ó por lo menos la conservación de su capital; ajeno por gusto y por completa ignorancia á todos los secretos del comercio y escudado sobre todo con la triste aunque verdadera razón de que él no entendía de nada, no quiso emplear en nada aquella fortuna. Tenía por fuerza que buscar un socio para realizar cualquiera de los proyectos que se amontonaban en su imaginación y este socio sin duda alguna tendría que engañarle. Además, ¿no sería una desgracia irreparable que la loca fortuna le arrebatara aquel capital que iba á ser su áncora de salvación perpetua y que representaba el trabajo, la economía y la previsión de sus padres? Él ya era un hombre, no era el niño aturdido, ni el joven atolondrado; la experiencia le enseñaba á vivir; aguardaría á una ocasión cierta y segura para conservar y aumentar su tesoro, y mientras, con juicio y con orden satisfaría todas sus necesidades con la renta y no tocaría por nada del mundo al arca santa del capital. Pero existía por aquella época una cierta Amalia, muchacha encantadora si las ha habido, que tenía á Lázaro sorbido el seso; y como una de las cosas más agradables es satisfacer los caprichos de la mujer amada, y como las Amalias que aman á los hombres como Lázaro, son elegantes, distinguidas, y un si es no es aficionadillas al lujo y los placeres, pueden figurarse nuestros lectores por dónde empezaría á abrirse una brecha en aquella mina que no tenía nada de inagotable. Ramos de flores raras y escogidas primero, aderezos de encantadoras piedras más tarde y modistas insaciables y hasta una modesta berlinita despues, eran cosas que no podían negarse á la mujer que quería á Lázaro hasta el punto de haber despreciado por él (según ella decía) á dos ó tres generales, á un Senador vitalicio y hasta á un primer vista de aduanas, de regreso de la isla de Cuba.

Las serias ocupaciones á que semejante asunto, entre otros de menor cuantía, robaban el tiempo á Lázaro, le dejaban sin embargo libres algunas horas de la tarde, y estas eran precisamente las que la mayor parte de sus nuevos amigos empleaban en la Bolsa. Llévóle á ella algún día la curiosidad y absorto de las ganancias que alguna vez se realizan en aquel recinto, pero sin fijarse por supuesto en las pérdidas que en mayor escala menudean, dióse á pensar si no sería acertado buscar en el desquite de alguna operación bursátil, los gastos que indispensablemente se veía precisado á hacer en aras del amor de su encantadora Amalia. Comprometer su capital en un negocio serio, en una empresa útil, en una industria honrosa, lo había juzgado un despropósito; pero exponerle al azar de una noticia diplomática ó de un proyecto financiero, fué juzgado por él lo más lógico y natural del mundo. En esta clase de hombres, pensar un disparate y ponerle en práctica suele ser cosa de un momento; dió sus órdenes á un agente, jugó al alza á fin de mes y esperó con ánimo sereno la cosecha. Quizá aquella era su verdadera vocación y él no lo había conocido hasta entonces. ¿Por qué no había él de llegar á ser el rey de la bolsa como lo fué Salamanca en sus buenos tiempos, como lo fué Indo más tarde? Esta además era una carrera como otra cualquiera; más rápida, más distraída, más brillante: para nada se necesitaba en ella el trabajo; con tener buen golpe de vista, tacto y tino y rapidez de concepción en las situaciones difíciles de la Hacienda y de la política, estaba hecho todo.

Y si esto sucedía, si tan agradable sueño se realizaba, ¡qué trajes no luciría Amalia en el palco del teatro real! ¡qué efecto no haría en el hipódromo, el carruaje que para las primeras carreras de caballos se haría traer de Londres Sólo por disfrutar de estos sueños de color de rosa, valía la pena de intentar algo. Y en efecto, Lázaro ganó una vez y perdió ciento y jugó siempre. Las liquidaciones se sucedían unas á otras con rapidez vertiginosa y en el flujo y reflujo de la esperanza y el desengaño, fué desapareciendo

aquel caudal irremplazable. El acontecimiento más grave y más natural que le hizo conocer su desesperada situación, fué ver á Amalia, elegantemente vestida y con un riquísimo medallón de brillantes, en el coche de su agente. Lázaro lo había perdido todo; el amor, puesto que sólo en esa forma le conocía; la amistad, puesto que no encontró en el bolsín quien quisiera pagar sus diferencias; la esperanza, puesto que la realidad le desgarraba el alma con su fría sonrisa: su fortuna, toda vez que de ella, apenas le quedaban doce ó catorce mil reales por todo capital; su porvenir, puesto que éste dependía exclusivamente de su fortuna. «¡Bárbaro de mí, exclamaba una noche á los tres años escasos de darse á sus bursátiles ilusiones; estoy hoy más solo, más pobre y más desesperado que nunca! ¿qué maldita, qué desatinada idea fué la mía de buscar en el azar del juego una riqueza que no necesitaba!

»Si las cosas se hicieran dos veces, si yo pudiera retroceder hoy al día feliz en que sentado cerca de mi mesa contaba los paquetes de billetes de banco que constituían mi herencia! ¿Cómo había de comprometerla en tan ridículas ilusiones? ¿Qué va á ser de mí? ¿Qué porvenir me espera? ¿Qué mañana me aguarda? Estoy perdido, arruinado y lo que es peor que todo, en ridículo. ¿A qué hombre formal me acerco? ¿A qué mujer bella me dirijo? ¿Qué cúmulo de fatales coincidencias me lleva año tras año á malgastar mi vida? El tiempo que todo lo borra, pero que no perdona los errores, ni remedia las faltas; el tiempo que vuela, y que se ha llevado mi niñez y arrastra mi juventud en su fantástica carrera, me anuncia la fatal proximidad de mi edad madura y es indudable que yo solo tengo la culpa. ¡Desventurado de mí! ¿Por qué ha de correr el tiempo? ¡Oh! ¡si el hombre naciera dos veces!»

III

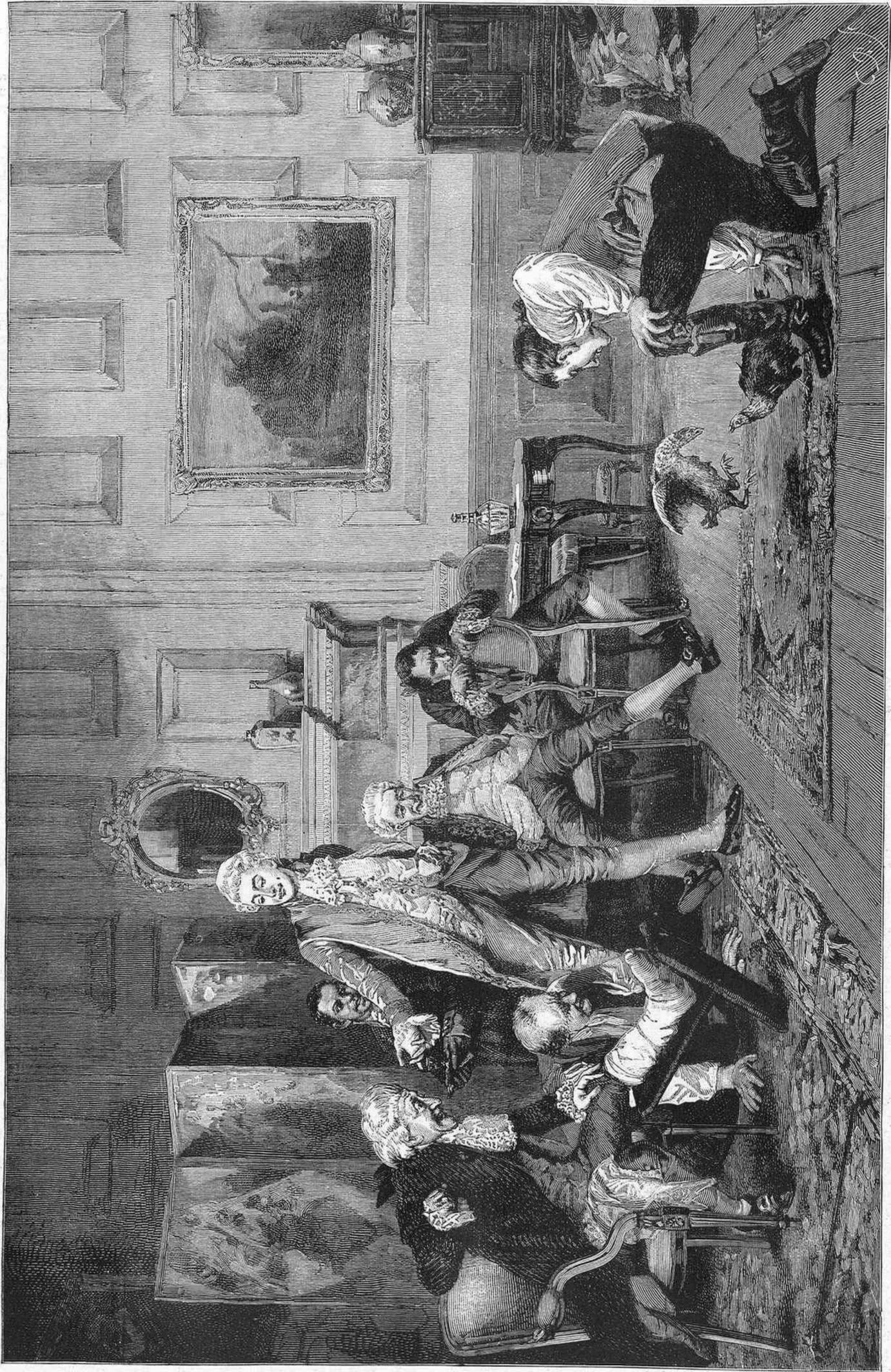
Pocos son los días, sobre todo cuando el hombre es aún joven, que se consagran á lamentar desgracias ó desventuras. La luz de la esperanza brilla siempre en el horizonte á través del último desengaño, y parece que reconcentradas todas las fuerzas vitales en un solo punto, nutren, desarrollan y sostienen la primera idea salvadora, por absurda que sea, que ha de conducir al hombre á la enmienda de pasados errores y á la realización de perdidos sueños de ventura.

Lázaro, ya amaestrado, según él, por las lecciones de la experiencia, pensó en encauzar su vida por el camino práctico de la realidad, y dejarse de proyectos insensatos, dedicando toda su inteligencia y su razón á salir para siempre de la precaria y triste situación en que se encontraba. Y como resultado de tan razonables teorías empezó á barajar en su mente una serie de planes y proyectos á cual más desatinados, sufriendo lo que los franceses llaman *l'embarras du choix*, y nosotros podríamos traducir en este caso, *mala noche y parir hija*. En efecto, Lázaro eligió entre todos sus planes, el de realizar un matrimonio de conveniencia, que haciendo de él un hombre grave y un digno padre de familia, cubriera al mismo tiempo el déficit de su fortuna y le asegurara un porvenir acomodado. Lógico es el matrimonio, como fin, cuando el cariño le inicia y la mutua estimación le sanciona; pero el matrimonio, como medio, y teniendo por base el cálculo interesado, no es por cierto la panacea de nuestros males. La lucha de dos caracteres casi siempre desemejantes y la falta de historia amorosa que sirva de grato recuerdo en los eternos días de un enlace de conveniencia, no asegura ciertamente una gran felicidad doméstica, á menos que los que han creído convenirse, no busquen cada uno por su lado la compensación de su desgracia á duo: pero como *Quos Deus vult perdere, prius dementat*, Lázaro no vió ninguno de estos inconvenientes, y llevó á cabo, no sin gran trabajo, su proyecto, casándose con una viuda no mal parecida y que aportó á su matrimonio un capital heredado de su difunto esposo, y adquirido por éste en el comercio de una tienda de géneros de punto. La viuda, seducida aún más que halagada, por la elegante distinción de su pretendiente, y deseosa de desempeñar en el mundo un papel más importante que el que de ser esposa de un tendero le había ofrecido en su primer matrimonio, otorgó con gran placer su mano al tronado caballero, y con un despilfarro tan pródigo como de mal gusto, se llevó á cabo el matrimonio con toda la rapidez que proporciona en el mundo el dinero. Distinta educación, diferentes costumbres y hasta diverso lenguaje entre marido y mujer: diferencia de edades, puesto que doña Robustiana frisaba ya en los treinta y ocho, cuando nuestro héroe no había cumplido aún los treinta, eran otras tantas dificultades prácticas para la inteligencia común, y puede decirse que aquel casamiento carecía hasta de la tradicional y casi inevitable luna de miel, que borra del libro de la vida un plazo más ó menos breve de lucha y contrariedades. Guerra sorda al principio; guerra declarada más tarde, con su acompañamiento de riñas y de escándalos; desacuerdo completo en la inversión de los fondos conyugales y no pocas burlas sangrientas del círculo donde Lázaro hizo penetrar á doña Robustiana, fueron los primeros resultados de la dichosa boda, que hizo de marido y mujer dos seres sentenciados á la cadena perpetua de un matrimonio desavenido, cien veces más insoportable que la cadena perpetua material de los presidios de Africa. Y cátese á nuestro Lázaro pasando su vida, año por año, y tumbo tras tumbo, en una interminable serie de pesares y disgustos.

Aparecieron en su cabeza las primeras canas, precursoras de la edad más desdichada de la vida, cuando el hombre no ha sabido llevar á ella la tranquilidad de la com-

EL REGIMIENTO DE GRANADEROS WURTEMBERGUESES «REINA OLGA» en el parque de Coeuilly, 30 de noviembre de 1870





LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Laslett J. Pott, exhibido en la Real Academia de Londres

ciencia, la dicha del buen acierto y la dignidad de los cabellos blancos. La fortuna del tendero sólo sirvió para proporcionar en cotidiano desorden la satisfacción de los gustos heterogéneos de cada uno de los esposos que encastillado digámoslo así en sus aficiones, se entregaba con más ardor á todo lo que pudiera separarle del otro; y cuando doña Robustiana tuvo el buen gusto de dejar este valle de lágrimas ántes que Lázaro, éste se encontró viejo, solo, y pobre. Era pues, como se ve, no un personaje novelesco, no un sér excepcional digno de que relatara sus aventuras ningun Cide Hamete Benengeli, sino un sér vulgarmente adocenado de tantos y tantos como llenan el globo terráqueo, á la manera que los innumerables granos de trigo colman la medida del labrador en la cosecha. Lázaro es cualquiera, Lázaro pulula por todas partes, Lázaro soy yo, eres tú, es aquel. Lázaro es un átomo de la masa comun de la humanidad; Lázaro es, por fin, una *vera efigies*, de lo que el hombre en su vanidad incomprendible, llama el rey de la creacion y que está según él, hecho á la imagen y semejanza de su Creador. Y Lázaro vino á dar en la cama de un hospital oyéndose llamar por practicantes y hermanas de la caridad el número 57 en vez de seguir teniendo el nombre que le dieron sus padres en el bautismo.

La última noche de su vida (y perdonennos nuestros lectores que convirtamos en comedia de magia lo que hasta ahora ha sido un cuento) Lázaro en el pleno uso de sus facultades intelectuales, que nunca las habia tenido muy sobresalientes, comenzó á barajar en su cabeza todas las peripecias de su vida vulgar; volvió de nuevo á lamentarse de sus continuos desvarios, y entre el ardor de la fiebre y la desesperacion de encontrar toda su vida inútil, y el justísimo temor del que se ve próximo á comparecer ante la presencia del juez inapelable, justo es que digamos que no eran las últimas horas de nuestro protagonista, las que deben concurrir en la muerte del justo. Una idea tenaz era, sin embargo, la que destacaba de las otras entre las alucinaciones de su agonía. «Dios,—pensaba ó decía,—ha dado al hombre una existencia demasiado corta; apenas si le da tiempo para darse cuenta de sus malas acciones, y se le escatima avaramente para el arrepentimiento y la enmienda. El mundo está muy mal arreglado; si el hombre, sabiendo lo que sabe, al concluir su vida, naciera de nuevo, ya seria otra cosa: todos seríamos previsores, todos justos, todos buenos; y no ya sólo el infierno, sino hasta el mismo purgatorio, podrían convertirse en cuartos desahucados. ¿Por qué Dios, que todo lo puede, no ha querido hacer esta prueba en provecho de la humanidad extraviada? ¿por qué no habia el hombre de nacer dos veces?»

Tales fueron las últimas ideas y las últimas palabras de Lázaro al espirar en el lecho que la caridad pública le habia proporcionado.

IV

Eran las tres de la madrugada; las mortecinas luces de los faroles de la sala de San Pedro chisporroteaban tristemente esparciendo por la ancha galería el nauseabundo olor de sus torcidas impregnadas en aceite. Los practicantes dormian; una hermana de la caridad rezaba, cerca del lecho mortuorio; y los enfermos más ó menos graves, escondidos entre sus sábanas, testigos mudos de sus dolores, parecian no prestar la atención más pequeña á cuanto á su alrededor pasaba.

El cuerpo rígido y amarillo de Lázaro permanecía inmóvil: sus vidriados ojos, que ninguna mano caritativa habia aún cerrado, parecian dirigirse al cielo, y todo era silencio, tristeza y soledad. Un ruido tenue, imperceptible tanto como puede serlo el aleteo de una mariposa, se per-



EL ARTE MODERNO, estatua por Rodolfo Weyr

cibió sobre la almohada donde Lázaro apoyaba su yerta cabeza, y una voz imperceptible á todos los oídos humanos murmuró á los de Lázaro «¡Sea! Dios no desoye nunca las plegarias de los hombres, por absurdas que sean y por imposibles que parezcan cuando salen entre lágrimas del fondo del corazón; Dios lo puede todo; hasta el punto de que lo único imposible para él, es poner límites á su poder y á su misericordia; tú esperas en tí mismo para salvarte; tú has rogado y pedido con fe: tú has muerto con una ilusión ó una esperanza, sé el primer hombre y el último que la vea realizada. ¡Lázaro, levántate!»

V

Y Lázaro murió para el mundo, pero su alma pasó á un cuerpo recién nacido;—y ¡cosa incomprendible.... absurda, pero cierta! Lázaro conservó su memoria,—y sabiendo todo cuanto en su vida primera le habia sucedido, volvió á incurrir ce por be en sus pasados errores, á cometer una por una todas sus necesidades, á ser tan desgraciado, tan torpe, tan infeliz como en su primera existencia. ¿Para qué dos vidas, si sobra con una para ser desdichado? ¡Quién pudiera reducirla á la mitad! ¡Quién pudiera no haber nacido!

LUIS MARIANO DE LARRA

LA LEYENDA DE BEGOÑA

II

La insigne villa de Bilbao está al pié de una montaña. En las estribaciones de esta montaña hay una colina que lleva el nombre de Artágan, equivalente á Alto del encinar, y al pié de la colina existe desde tiempo inmemorial el celebrado santuario de la Virgen de Begoña, cuya princi-

pal y maravillosa leyenda voy á escribir despues de decir algo acerca del origen y el nombre de santuario tan venerado en todo el litoral cantábrico.

Ni la tradicion popular ni la historia fijan la época en que empezó á darse culto á la Virgen María al pié de la colina de Artágan. La tradicion sólo dice que la imagen apareció en una encina de las que, como el nombre de Artágan indica, poblaban el sitio donde se erigió el santuario, y añade la vulgarísima y repetida cantinela, propia de casi todos los santuarios de la Virgen, de que se trató de erigir el templo en punto distante del de la aparicion y se desistió de ello porque milagrosamente eran trasladados de noche á este último punto los materiales que de dia se acopiaban en el primero. En cuanto á la historia, la primera vez que menciona el santuario de Begoña no pasa del año 1300 en que, de la carta de poblacion de la villa de Bilbao, resulta que aquel santuario existia ya como monasterio ó lo que es lo mismo, como iglesia parroquial, pues los que en este país se llamaban monasterios eran los templos que hoy llamamos iglesias parroquiales.

La tradicion enlaza y explica el nombre de Begoña con la milagrosa resistencia de la Virgen á que se le erigiera templo en sitio distinto de aquel donde habia aparecido su imagen, pues supone que al ir á trasladar esta á lo alto de la montaña, se oyó una voz misteriosa que decía *begoñá*, quieto el pié, y de aquí el nombre de Begoña que conservan la imagen y el sitio donde se erigió el santuario.

Esta etimología es completamente inadmisibile, sobre todo para el que sabe que los nombres geográficos euskaros se fundan casi constantemente en la condicion más característica de la localidad que designan. En esta regla, generalmente desconocida hasta que á fines del siglo pasado comenzaron los verdaderos estudios sobre la lengua

euskara ó vascongada, é ignorada aún del vulgo y de muchos que, aunque no se crean vulgo, lo son, está comprendido el nombre de Begoña que significa al pié ó en lo bajo de la colina, designacion á que corresponde el sitio que ocupa el santuario.

La citada regla no se limita á los nombres geográficos euskaros antiguos de la region donde esta lengua es aún viva y vulgar, pues se observa constantemente en los nombres del mismo origen dispersos en el interior de la península hispana, de lo que citaré dos ejemplos, aunque pudiera citar doscientos: Aranda (de Duero) y Reinosa que son modificacion de *Arandía* y *Errenotza*, equivalentes el primero á «valle grande», y el segundo á «comarca fria.»

La imagen de la Virgen aparece sentada, como todas las antiguas, si bien, siguiendo, la antiestética moda moderna, se la ha vestido de modo que aparenta estar de pié, y el tipo de su faz es el más pronunciado de la raza euskara. Lo probable es que la imagen date de los primeros siglos del cristianismo, y oculta cuando la invasion mahometana amenazaba traspasar el alto Ebro y derramarse á Vizcaya, reapareciese cuando aquel peligro cesó por completo, ó sea en los siglos x ó xi, en que los mahometanos se habian ya alejado de la márgen meridional del Ebro, que no llegaron á pasar, según testimonio unánime de la tradicion y la historia.

Los soñadores de antigüedades romanas en Vizcaya, han hecho mucho ruido con motivo de una inscripcion en caracteres y lengua latinos que se encontró cerca de dos leguas al Noroeste del santuario de Begoña, en la república de Lúxua, en un sitio llamado Achbolueta ó roca del molinar. La inscripcion era esta:

VECUNIENSES HOC MUNIERUNT

Estaba en una roca que se había cortado para facilitar el paso desde los pueblos de la parte baja de la merindad de Uribe á los de la parte alta. Generalmente se interpretaba el *vecunienses* por *begoñeses*, y no faltó quien, fundado en esta inscripción, creyese haber existido en Begoña una ciudad latina llamada Vecúnia. Esta creencia era absurda y parece imposible que la inscripción de Lúxua hubiera dado ocasión á ella, pues el *vecunienses* latino no era más que la traducción del *becuac* euskaro, que equivale á «los de abajo» ó de la tierra baja, y por tanto la inscripción debía interpretarse por «los de la tierra baja abrieron ó costearon este paso,» que en vascuense se expresaría diciendo: «Becuac eindacua da au.»

Al terminar el siglo xv en que se reedificaron muchas iglesias de Vizcaya dándoles mayor amplitud y suntuosidad, pues las antiguas eran generalmente pequeñas y de modesta fábrica, se trató también de reedificar la de Begoña, y en efecto, la obra se emprendió en los primeros años del siglo xvi.

Con esta reedificación está relacionada la maravillosa leyenda del robo de las joyas de la Virgen que me ha parecido conveniente narrar más circunstanciadamente que la narró el Padre Granda, único y poco afortunado historiador de nuestro insigne santuario, y menos absurdamente que la narra por regla general el vulgo.

II

La obra de Nuestra Señora de Begoña estaba muy adelantada, aunque no tanto como deseaban los piadosos begoñeses. El ábside del templo estaba ya techado, colocados altar y retablos principales y la veneranda imagen devuelta al culto en el sitio que debía ocupar definitivamente, pero la parte anterior de la iglesia aún estaba destechada.

Rodeaban el santuario añosas encinas y las campanas pendían de una grandísima que estaba detrás de aquel y á cuya sombra se congregaban desde tiempo inmemorial los vecinos de Begoña para tratar los asuntos del pro-comun, como sucedió un siglo despues cuando lo hicieron para acordar y aprobar las ordenanzas por que se había de regir la república.

La imagen de la Virgen estaba adornada de ricas joyas que eran piadoso donativo de la devoción popular, y uno de los canteros que trabajaba en la obra concibió el sacrilego pensamiento de despojarla de ellas.

Una noche, cuando todos dormían en las caserías cercanas, se dirigió al santuario y tomando una alta escalera de mano, que servía para la obra, la arrimó al muro á medio levantar, subió á este, desde allí colocó la escalera interiormente, descendió por ella, reanimada su impía codicia por el brillo de las joyas de la Virgen en que se reflejaba la luz de la lámpara que ardía en el presbiterio, subió al altar, y fué despojando á la Virgen de sus ricas joyas.

El niño Jesus que la imagen tenía en brazos estaba engalanado con una preciosa corona de oro y diamantes, y el ladrón dirigió á ella su sacrilega mano. Entonces la Virgen asió su brazo para impedir que cometiera aquel nuevo sacrilegio, y el ladrón espantado con aquel prodigio, descendió precipitadamente del altar dejando en este las joyas de que había despojado á la santa imagen y volvió á subir al muro.

Allí se detuvo pensando si todo había sido alucinación suya, y como dirigiéndose la vista hacia el altar y viese brillar las joyas que había abandonado, la tentación de consumir el robo volvió á asaltarle. Tornó á bajar del muro, se dirigió al altar, tomó las joyas, sin atreverse, empero, á alzar su mano á la corona del niño Jesus y con ellas se alejó del santuario.

Dirigióse á la barriada de Trauco que es la que cae al



EL ARTE DEL RENACIMIENTO, estatua por Rodolfo Weyr

oeste del templo, y con gran sorpresa suya se vió detenido por un muro impenetrable de maleza que le impedía el paso por todas partes y desgarraba su vestido y aun su carne con agudísimas espinas.

Decidióse entonces á bajar á la villa con la esperanza de ocultar allí su crimen á favor de la confusión y el desconocimiento de gentes que reinan en las grandes poblaciones y descendió hacia Mallona.

Había allí un humilladero con la imagen de Jesus crucificado alumbrada por una lamparilla, y como el ladrón dirigiéndose la vista á la imagen, parecióle que ésta le miraba airadamente, y huyendo de aquella mirada se apresuró á alejarse del humilladero, pero inmediatamente se vió detenido por una manada de enormes carneros que le embestían y le hicieron volver atrás.

Ya lleno de terror y poco ménos que arrepentido de su crimen, tomó cuenta arriba dirigiéndose hacia Meazabal, que es en la cima del monte donde San Vicente Ferrer había erigido una ermita á Santo Domingo, cuando en el siglo anterior había asombrado á Bilbao predicando en la iglesia de Santiago en lengua valenciana y haciéndose entender perfectamente del pueblo que no sabía más que la diversísima vascongada.

Pensaba descender por allí al valle de Zamudio y siguiendo la costa del mar, pasar á Guipúzcoa y entrar en Francia donde creía sustraerse fácilmente al rigor de la justicia y enriquecerse vendiendo las joyas que había robado, pero al ascender á Meazabal se vió acometido de una porción de fieros toros que le hicieron volver atrás cada vez más espantado.

Bajando á la barriada de Ochacoaga, que cae al Oriente del santuario, se dirigió por Garáizar y Zubúbu hacia el vado de Echébarri. Apenas había emparejado con el espeso bosque de Palatu-zugasti, un gigante armado de una

espada de fuego le salió al paso y el ladrón lleno de espanto penetró en el bosque.

Entonces oyó que las campanas de Begoña tocaban á rebato. Los begoñeses, al oír las campanas, se dirigieron apresuradamente al santuario y vieron con asombro que las campanas pendientes de la encina de la república, se tañían por impulso invisible. Sospechando que algo grave sucedía en el templo, vieron á la Virgen despojada de sus joyas y comprendieron, por la escalera arrimada al muro, que le habían sido robadas.

Dirigieronse unos hacia la barriada de Trauco y otros hacia la de Ochacoaga en persecución del ladrón sacrilego, y éste, al sentir que se acercaban al bosque donde se había refugiado, les salió al encuentro, les confesó su crimen y les entregó las joyas, resignado á sufrir el castigo que merecía.

Pocos días despues el sacrilego expió su crimen con la vida en el collado de Larriagaburu, en el collado de las Angustias como hasta poco tiempo ántes de nuestra época se llamaba el que hoy llamamos el Morro.

El culpable fué al suplicio lleno de arrepentimiento y pidió por única gracia que se le sepultase al pié de la columna destinada á la colocación del púlpito, por ser aquel el sitio desde donde el santo apóstol valenciano había dirigido la palabra al pueblo.

Prometiéndose esta gracia y allí se le enterró. Pasados algunos años abrióse la sepultura para enterrar allí otro cuerpo y se encontró completamente incorrupto el brazo que había asido la santa mano de la Virgen al ir el ladrón á alzarle para despojar de su rica corona al niño Jesus!

Tal es la leyenda más notable del insigne santuario de la Virgen de Begoña en Vizcaya, que tiene otro santuario filial no ménos venerado y de la misma advocación en las cercanías de Gijón en Asturias.

Paréceme que si razón hay (como yo creo que la hay, y muy grande) para recoger los cuentos y tradiciones po-

populares de otro orden, como se están recogiendo y estudiando en todos los países cultos, no la hay menor para recoger y estudiar las tradiciones populares religiosas que á pesar del candor fervoroso que les ha dado vida y de lo sobrenatural que domina en ellas, son documentos muy expresivos y elocuentes para estudiar y conocer lo pasado.

ANTONIO DE TRUEBA

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociación geodésica internacional en Roma

III Y ÚLTIMO

La Memoria redactada por la mesa de la Comisión permanente de la Asociación, cuyos rasgos principales hemos dado fielmente á conocer en el precedente artículo, pasó ante todo al exámen de una Comisión especial de la Asamblea, la cual había de emitir su dictámen, despues de oír las opiniones de todos los Delegados que quisiesen exponerlas.

Creíase por algunos que, al tratarse de la unificación de los meridianos y de la designación de una hora universal, habían de chocar entre sí los diversos y encontrados intereses de nacionalidad; pero los Delegados de los diferentes Gobiernos asociados, eran ante todo hombres eminentes, lumbreras del saber, y todas las intransigencias dictadas por la rivalidad de los celos nacionales cedieron ante las exigencias y necesidades científicas, los dictados de la razón y las conveniencias generales.

La discusión de la memoria de los Sres. YBÁÑEZ, HIESCH y OPOLZER en el seno de la Comisión, lo mismo que en las sesiones de la Asamblea plena In-

ternacional, fué por todo extremo instructiva é interesante; y, aprobada en votacion ordinaria cada una de las IX proposiciones presentadas por la Mesa, se procedió á la votacion nominal del conjunto de todas ellas, resultando que todos los Delegados de la Asamblea Internacional de Roma votaron afirmativamente, excepto uno, que se abstuvo de votar. ¡Resultado brillante y satisfactorio, en una reunion donde parecia que habian de librar batalla los encontrados prestigios de los celos nacionales!

Las importantísimas resoluciones de la Asociacion geodésica internacional, concernientes á la unificacion de las longitudes y de las horas son como sigue:

I. En interés de las ciencias, lo mismo que en el de la navegacion, del comercio y de las comunicaciones internacionales, es muy de desear la unificacion de las longitudes y de las horas. La utilidad, tanto científica como práctica, de esta reforma, supera con mucho los sacrificios de trabajo que su adopcion pueda exigir. Debe, pues, ser recomendada á todos los Gobiernos de los Estados interesados en ella, para que se la organice y consagre por un Convenio Internacional, á fin de que, en lo futuro, un solo y mismo sistema de longitudes sea empleado en todos los Institutos y oficinas geodésicas, por los ménos para las cartas generales geográficas é hidrográficas, así como para todas las efemérides astronómicas y náuticas; con excepcion sin embargo, de aquellos datos para los cuales convenga conservar un meridiano local, como para las efemérides de tránsito, ó para las que haya que indicar en hora local, como los establecimientos de puerto, etc.

II. A pesar de las grandes ventajas que, así en las ciencias como en las aplicaciones, está llamada á realizar la introduccion de la division decimal del cuarto de círculo en las expresiones de las coordenadas geográficas y geodésicas, y en las expresiones horarias correspondientes, conviene, por consideraciones eminentemente prácticas, hacer abstraccion de ella en la gran medida de UNIFICACION propuesta en la resolucion primera. Sin embargo, para satisfacer, al mismo tiempo, consideraciones científicas muy serias, la Asamblea recomienda con este motivo que se extienda,—multiplicando y perfeccionando las tablas necesarias,—la aplicacion de la division decimal del cuarto de círculo; á lo ménos para las grandes operaciones de cálculos numéricos, para los que presenta ventajas incontestables, áun conservando, si se quiere, la antigua division sexagesimal en las observaciones, las cartas, la navegacion, etc.

III. La Asociacion propone á los gobiernos que se elija como meridiano inicial el de Greenwich, definido por la distancia media de los pilares del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich; porque este meridiano llena, como punto de partida de las longitudes, todas las condiciones que la ciencia reclama; y porque, siendo ya

actualmente el más generalizado de todos, ofrece más probabilidades de ser universalmente admitido.

IV. Conviene contar las longitudes á partir del meridiano de Greenwich en la sola direccion de Occidente á Oriente.

V. La Asociacion reconoce, para ciertas conveniencias científicas y para el servicio interno de las grandes administraciones de las vías de comunicacion, tales como los caminos de hierro, las líneas de los barcos de vapor, los telégrafos y los correos, la utilidad de adoptar una hora universal conjuntamente con las horas locales ó nacionales, que necesariamente continuarán siendo empleadas en la vida civil.

VI. La Asociacion recomienda, como punto de partida de la hora universal y de las fechas cosmopolitas, el medio-día-medio de Greenwich, que coincide con el instante de media noche, ó con el principio del día civil en el meridiano situado á 12 horas ó á 180 grados de Greenwich. Conviene contar las horas universales de 0 horas á 24 horas.

VII. Es de desear que cuanto ántes introduzcan el nuevo sistema de longitudes aquellos Estados que hayan de cambiar de meridiano para adoptar la unificacion de las longitudes y de las horas.

Importa igualmente que el nuevo sistema sea introdu-

cido desde luégo en la enseñanza.

VIII. La Asociacion espera que, si el mundo entero acuerda la unificacion de las longitudes y de las horas adoptando el meridiano de Greenwich, como punto de partida, la Gran Bretaña verá en ello un motivo más para dar por su parte un nuevo paso en favor de la unificacion de los pesos y medidas, adhiriéndose al Convenio del metro de 20 de mayo de 1875.

IX. Estas resoluciones serán elevadas á conocimiento de los Gobiernos y recomendadas á su benévola consideracion, expresándoles el deseo de que, cuanto ántes, un Congreso especial, tal como lo ha propuesto el Gobierno de los Estados Unidos, concluya un convenio internacional, consagrando la unificacion de las longitudes y las horas.

* *

Como decíamos en el artículo primero, el mundo está de enhorabuena; porque, si bien estas IX resoluciones tomadas en Roma por la Asociacion Geodésica Internacional no tienen aún carácter diplomático, lo ostentan, sí, oficial; pues los Delegados de las diferentes Naciones asociadas fueron á Roma autorizados previamente por sus Gobiernos respectivos, para deliberar sobre la unificacion, no sólo de las longitudes, sino tambien de las horas.

Por consiguiente, es de altísima probabilidad que estas IX resoluciones sean muy en breve obligatorias; pues, por la eficaz iniciativa de los Estados Unidos de la América

del Norte, se reunirá próximamente en Washington un Congreso internacional diplomático; y allí se acordará que todas las longitudes se cuenten desde el Meridiano de Greenwich, y que el día cosmopolita comience cuando sea *media-noche* á los 180 grados del propio meridiano.

* *

Verdaderamente, no es fácil calcular las ventajas de la reforma acordada en la Conferencia Geodésica de Roma, inspirada primeramente en la necesidad, y, sobre todo, en el deseo de favorecer los intereses de la ciencia, tanto como los de las comunicaciones humanas en los países de la civilizacion, así por tierra como por mar.

Pero, de cualquier modo, hará éra tan considerable progreso; pues, de una parte, para satisfacer las necesidades de las poblaciones sedentarias, continúa como ahora el día civil; y, de otra parte, con la adopcion de un SOLO MERIDIANO INICIAL y la de UNA SOLA cuenta cosmopolita del tiempo, se satisface plenamente á todas las actuales exigencias científicas y á todas las necesidades económicas del mundo civilizado, estorbadas ya, á cada momento, y de un modo irritante é irresistible, no sólo con la anti-científica é inconveniente multiplicidad de los meridianos, sino tambien y muy principalmente con la cuenta del tiempo, inventada en Egipto 30 siglos há, cuando estaba reducida la civilizacion á las márgenes del Nilo.

E. BENOT



UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer de Bremen

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, 60 reales. Seis meses, 32 reales. Tres meses, 18 reales. EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. Seis meses, 1600 reis. Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripcion.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON